

hombre comprendió la causa de sus desastres y el medio de repararlos. Con este motivo pronunció estas memorables palabras:

«¡A fuerza de derrotarnos, los suecos nos enseñarán á vencerlos!»

Estas palabras podían aplicarse á nosotros: á fuerza de derrotar á los republicanos, les enseñamos á vencernos.

Una guerra continuada les habia dado experiencia. Los oficiales del ejército que ingresaron á sus filas les habian comunicado alguna instruccion y alguna disciplina, cosas para ellos desconocidas en los primeros tiempos de la revolucion. Una larga lucha con el ejército frances los habia aguerrido. La defensa de Puebla, sobre todo, habia formado cierto número de gefes. Muchos de sus oficiales, jóvenes de aspiraciones sin límites, estudiantes perezosos, médicos sin enfermos, abogados sin causas, todos ambiciosos, se embriagaban con su propio entusiasmo, y manifestaban una inteligencia, una audacia y un fanatismo que ciertamente no equivalian ni á la instruccion militar ni á la fuerza múltiple que dan la disciplina, el espíritu de cuerpo ó el punto de honor, pero que suplen á ellas algunas veces.

Tenian conciencia de sus progresos y de nuestra degeneracion. Ya no eran franceses los que tenian delante, sino traidores á los que temian poco, porque estos últimos no poseian ni la buena instruccion, ni la organizacion perfecta, ni los recursos prodigiosos de las tropas francesas, ante las cuales los republicanos se habrian guardado de presentarse. Así es que nos atacaron con un aplomo que asombró á todo el mundo. La manera con que fueron recibidos les probó que se habian equivocado, si no completamente, al ménos en parte.

Su odio hácia nosotros era mayor aún que el nuestro hácia ellos. Se proponian tratarnos sin cuartel, y hacernos pagar al

mismo tiempo por nuestros aliados los franceses, á los que ya no podian alcanzar.

V

Escaramuzas.— Los cazadores franco-mexicanos.

Algunas escaramuzas sin grande importancia tuvieron lugar.

El 12 se mandó hacer un reconocimiento por el camino de San Luis, con órden de tomar, si era posible, el peaje y la iglesia de San Pablo. El general Castillo fué encargado de este ataque con una parte de su division. La condujo vigorosamente y logró su objeto, que era reconocer si el enemigo se encontraba de aquel lado como se creia.

Los cazadores franco-mexicanos se hicieron admirar en aquella ocasion. Penetraron en el patio de la Garita, grande edificio que servia de peaje, y desalojaron al enemigo. Su comandante, oficial superior mexicano, llamado Villasana, fué gravemente herido. Este batallon, el de Celaya y el 7º de línea, que le servian de reserva, volvieron despues á nuestra línea.

Ese movimiento, nuestro primer triunfo, nos hizo creer que el enemigo, á quien se provocaba de aquel modo, aceptaba por fin la batalla que se le ofrecia; pero no sucedió así.

Me parece bien decir algo acerca de los cazadores. Habian sido formados con los restos de los antiguos batallones de Cazadores de México, compuestos de franceses y de mexicanos y organizados con habilidad, aunque tardíamente y con grandes gastos, por el mariscal Bazaine. Por desgracia, cuando la partida del cuerpo expedicionario, la mayor parte de los oficiales y suboficiales del ejército frances que pertenecian á este cuerpo, del que eran el alma, tuvieron que volver á sus an-

tiguos regimientos y abandonar el servicio del Emperador Maximiliano. Sin embargo, en el batallón que nos quedaba en Querétaro, el elemento francés era todavía bastante numeroso para comunicar al resto las cualidades y los defectos de nuestra nacionalidad. Había en él también algunos alemanes y algunos polacos. Este pequeño batallón había conservado su primitiva organización francesa, que se destruyó poco á poco, porque en reemplazo de los antiguos comandantes franceses se le dió primero un oficial superior mexicano que introdujo el antiguo sistema de administración español, después al príncipe de Salm, que creyó obrar convenientemente tratando á los cazadores como prusianos, y en fin, al comandante austriaco Pitner, que modificó á su vez lo que habían hecho sus predecesores.

Se relajó la antigua disciplina, los cazadores se volvieron merodeadores; pero hicieron maravillas durante el sitio, y sus brillantes servicios nos hicieron sentir amargamente la pronta disolución de los batallones de Cazadores de México, cuya presencia en Querétaro nos habría permitido obtener una victoria decisiva.

Por más que se diga, las tropas regulares, enérgicamente mandadas, triunfarán tarde ó temprano de la más formidable insurrección.

La historia moderna nos ofrece ejemplos de esta verdad á cada página.

La monarquía austriaca no debe su existencia presente más que á los buenos y valientes ejércitos de Radetzki y del Ban Jellachich, los cuales, en 1848, destruyeron á sus enemigos exteriores en Italia y á sus enemigos interiores en Hungría, en Bohemia y en la capital.

¿No hemos visto hace pocos años algunos miles de veteranos de la Gran Bretaña mandados por los generales Havelock

y Colin Campbell, sofocar la más formidable insurrección de los cipayos de la India?

Cuando la última revolución de Nápoles, si el ejército piemontés del general Cialdini y el rey Víctor Manuel en persona no hubieran ido en auxilio de Garibaldi, detenido ante el Volturne por algunos soldados fieles al rey Francisco II, habrían acabado los camisas rojas. La revolución, que no había encontrado resistencia seria, no era más que fuego de paja que se extinguía ya. Se operaba una reacción, y habría bastado una derrota para dispersar á los garibaldinos; pero la llegada del excelente ejército piemontés cambió la faz de las cosas.

Si al ejército reunido precipitadamente en Querétaro por el infortunado Emperador Maximiliano hubieran podido incorporarse, al mando de un jefe como el viejo general Adrian Woll, algunos de los batallones de Cazadores de que acabo de hablar, la victoria habría sido nuestra con semejante auxilio: el gobierno republicano habría huido de nuevo hácia el Norte, ó continuado siendo nómada por largo tiempo.

El 13 y el 14 el enemigo apareció en las alturas de Carretas, de Cuesta China y de la Cañada, que forman la parte principal de la cadena de las alturas que rodean á Querétaro.

VI

Combate del 14 de Marzo.—Toma de una batería republicana por los cazadores franco-mexicanos.—Prisioneros hechos al enemigo.—Dos oficiales norte-americanos.—Ataque de la Cruz.—Tentativa para recobrar el panteón de la Cruz.—Rasgo de valor del general Márquez.—Salidas sobre el enemigo.—Después de la victoria.

Era fácil comprender que nuestros adversarios, pareciéndonos demasiado fuerte nuestra posición defensiva, querían flanquearla, ó por lo ménos obligarnos á tomar otra ménos

poderosa, al mismo tiempo que ellos se establecían sólidamente.

El 12 por la tarde nos establecimos frente al enemigo, en una nueva línea á lo largo del río, apoyada al extremo izquierdo por el Cerro de las Campanas y al derecho por el convento de la Cruz. Esta línea de defensa fué la misma que conservamos durante todo el sitio, y de la que los republicanos no pudieron ocupar un solo punto, á pesar de sus repetidas tentativas.

La brigada de reserva se concentró en la plaza principal.

La noche del 14 la brigada de reserva se dirigió hácia el convento de la Cruz, donde el Emperador acababa de establecerse con el cuartel general.

La Cruz, que se comunicó con la ciudad por medio de algunas trincheras, es un gran convento español, cuya construcción sólida y grandiosa parece desafiar al tiempo, y cuya situación en una altura, hace de él la clave de la ciudad, que domina al Este.

Cuando llegó el día, pudimos advertir que el enemigo se disponía por fin á atacarnos.

Mi batería fué distribuida de manera que protegiera las partes accesibles de la Cruz. Este vasto edificio y la espaciosa plaza que le separa de la ciudad, presentaban el espectáculo de una animación entusiasta y ardiente. Las tropas se preparaban al combate al mando del general Mendez. Se organizaba el hospital para los heridos. El general Márquez y el coronel Arellano disponían todo para la resistencia. A cada momento llegaban ayudantes ó partían en todas direcciones.

Los primeros cañonazos del enemigo fueron acogidos con los gritos de *¡Viva el Emperador!* Nuestras piezas contestaron el fuego de los republicanos, y el entusiasmo llegó á su colmo.

Los soldados del batallón del Emperador se admiraban de que se les obligara á representar un nuevo papel, porque en

vez de aguardar al enemigo estaban acostumbrados á ir á su encuentro.

Muy pronto las balas y las granadas tupieron sobre el edificio, en el jardín, en el cementerio y su pequeña iglesia, que se encuentran un poco separados del convento de la Cruz y que el general Márquez hizo abandonar.

El Emperador, vestido con el traje de general de división, y llevando el sombrero nacional de fieltro blanco de alas anchas bordadas de oro y de plata, cuya forma es tan conocida, se paseaba en la plaza, por donde pasaban silbando y rebotando los proyectiles lanzados por las baterías republicanas. Sonreía hablando con calma al general Márquez y al coronel Arellano. En aquel momento busqué en vano en su semblante señales de inquietud, sentimiento muy natural en medio de un combate que podía, en algunos minutos, decidir de la suerte del Imperio y de la vida del soberano.

Esa actitud fué notada por los soldados. Comprendieron instintivamente que su jefe tenía una alma grande, y esto aumentó su confianza y su entusiasmo.

El general Miramon acudió á galope adonde estaba el Emperador para pedirle instrucciones. El Emperador le dió carta blanca para defender toda la línea del Norte con la infantería, y Miramon se lanzó inmediatamente hácia el Cerro de las Campanas.

Muy pronto la batalla se hizo general. La artillería de la línea del río, colocada á corta distancia del Cerro de las Campanas, comenzó el fuego sobre el enemigo, cuya infantería, que bajaba de las alturas de San Pablo y de San Gregorio, estaba sostenida por una numerosa artillería, bastante bien servida, sobre todo la establecida frente á la Cruz.

Los que se encontraban en la azotea del convento de la Cruz gozaban de un espectáculo magnífico, pero peligroso,

porque los proyectiles caían á cada momento en las azoteas, y las campanas sonaban con las balas de numerosos tiradores que el enemigo había desplegado ante sus columnas.

Al Suroeste de la ciudad, frente á la gran quinta de la Casa Blanca y en la garita del Pueblito, se hallaba formada nuestra caballería. Sus movimientos nos indicaban que el general Mejía se disponía á cargar con ella á la caballería enemiga, que avanzaba en masa de aquel lado, levantando espesas nubes de polvo. En efecto, nuestra primera brigada de lanceros, á cuya cabeza se encontraba el general Mejía, se precipitó sobre los republicanos, contuvo su marcha progresiva y los hizo retroceder al fin. El éxito de esta brillante carga, que llevó al general Mejía y á nuestros ginetes hasta el campamento enemigo, cerca de la *Estancia de las Vacas*, nos fué anunciada por el clarín.

Me acordaré siempre de la orden que se nos dió de suspender el fuego por un momento para oír distintamente los clarines distantes de nuestros camaradas, y la profunda emoción que sentimos cuando los sonidos del cobre nos transmitieron estas elocuentes señales: ¡Enemigo! ¡Ataque! ¡Diana!

Efectivamente, nuestra línea era muy extensa para nuestro débil efectivo, y si el enemigo hubiera penetrado por un punto cualquiera, la plaza estaba perdida.

Mientras que nuestra caballería cargaba tan vigorosamente al enemigo al Suroeste, las columnas de infantería republicana, que se habían establecido sin resistencia en los cerros de San Pablo y San Gregorio, bajaban por sus vertientes para atacar nuestra línea, protegida solamente por un río de insignificante anchura y vadeable casi por todas partes.

En los últimos momentos que precedieron al asalto, el general Castillo recibió orden de evacuar la orilla del río y de replegarse sobre la Cruz. La ejecución de semejante orden

era muy peligrosa en aquel momento, y habría ocasionado la pérdida de la plaza. Miramon, en su calidad de comandante general de la infantería, tomó sobre sí desobedecer, y restableció los batallones en su primera posición. Ese momento de vacilación iba á costarnos caro. El enemigo, cuyo impulso era vigoroso y cuya desusada audacia no podía menos de sorprendernos, se apoderó de varios puestos, de donde por fortuna logramos desalojarle.

Varias veces el enemigo se reorganizó en la vertiente de las montañas, y renovó sus ataques con ardor, pero fué rechazado siempre.

El enemigo había establecido una batería sobre una eminencia, enfrente del puente que une la ciudad con el barrio de San Sebastian. Una pieza rayada que se encontraba allí nos molestaba, sobre todo, por la precisión de su tiro. El príncipe de Salm, que había tomado el mando de los cazadores franco-mexicanos, fué encargado de tomarla con su batallón y una parte del de Celaya. Los cazadores, con el príncipe de Salm á la cabeza, se lanzaron á paso veloz, atravesaron el puente bajo los fuegos del enemigo, pusieron en fuga á cuantos encontraron, así como á los defensores de la batería, y tomaron la pieza rayada.

Un oficial de artillería, que la defendía con valor, fué muerto, uno de los conductores envasado, y el otro se salvó por su presencia de ánimo.

—No me mateis, gritó, soy de los vuestros..... Fuí hecho prisionero por la *chinaca*..... Yo os lo probaré..... y además, voy á ayudaros á llevar la pieza.

Así se verificó, y los cazadores volvieron triunfalmente con la pieza rayada.

Desde el punto de la Cruz veíamos al otro extremo de la ciudad el Cerro de las Campanas, cuya artillería protegía

nuestras tropas de aquel lado y le coronaba de un penacho de humo blanco.

A cada instante llegaban prisioneros á la plaza de la Cruz. Estos infelices eran conducidos en grupos ante el Emperador, que los interrogaba y los trataba con bondad. Algunos temblaban: se les habian contado tantas fábulas sobre el Emperador y sus generales! Entre ellos habia muchos oficiales; uno de estos últimos llamó particularmente mi atencion.

Era americano, y aun cuando hubiera querido negar su nacionalidad, se la habria adivinado; tanto reunia en sí el tipo yankee. Se presentó al Emperador con una calma probablemente afectada, pero digna. Sea por ostentacion, sea por un olvido bastante excusable, por otra parte, en un momento como aquel, no se quitó su sombrero, que el general Mendez le tiró de la cabeza.

—¿Quién sois? le preguntó el Emperador.

—Fulano, capitán de artillería de la division del ciudadano general Escobedo.

—¿Por qué servís con los disidentes?

—Para defender la independencia de este país!

Esta respuesta era ridícula, y el tono con que se hizo molestó al Emperador, porque este último, volviéndose hácia el general Mendez, le dijo:

—Mendez, aquí hay un individuo que viene á defender nuestra independencia; os le recomiendo.

Se impidió al prisionero que se comunicara con nosotros; pero el Emperador mandó que se le diese cuanto necesitara en su triste posicion.

El ataque de los republicanos contra la Cruz fué de los mas serios. Se habian apoderado del Cementerio, de su iglesia y del gran jardin del convento; se habian deslizado y establecido en todas las casas vecinas, así como en la iglesia de San

Francisquito, no comprendida entónces en nuestra línea de defensa, y en la cual colocaron artillería de montaña que nos causaba mucho mal.

El convento de la Cruz es vasto y sólido; pero no era muy difícil apoderarse de él, porque no habia sido fortificado para el evento de una larga defensa; las desigualdades de terreno y las casas del barrio de Pateo permitian al enemigo acercarse fácilmente.

Como se temia que los republicanos conservasen absolutamente el Cementerio, que se habia cometido la imprudencia de abandonar, y se establecieron así á algunos metros de nosotros, se resolvió recobrarle. Para esto se practicó una abertura en una pared que separa la Cruz del jardin á cuyo extremo se encuentra el Cementerio. El teniente coronel Juan de Dios Rodriguez, el comandante Ceballos y el capitán Dominguez, á la cabeza de una parte del batallon del Emperador, fueron designados para recobrar el Cementerio; pero, por desgracia, la abertura, hecha de prisa y demasiado estrecha, no permitia á los nuestros pasar de otra manera que uno á uno. Sin embargo, la pasaron, se formaron rápidamente y se dirigieron á paso veloz á través del jardin, bajo un fuego espantoso que los diezaba. El teniente coronel Juan de Dios Rodriguez cayó con el pecho atravesado por una bala. El capitán Dominguez fué herido en la cabeza. Los soldados caian unos despues de otros bajo el fuego que partia del Cementerio y de las paredes de derecha é izquierda, tras de las cuales se habian establecido los republicanos y en las que habian abierto troneras. Era locura pensar en recobrar de aquel modo el Cementerio, donde el enemigo se habia fortificado ya.

El general Mendez mandó tocar retirada; los soldados se precipitaron hácia la Cruz para escapar á tan nutrido fuego, llevando consigo los cuerpos de su teniente coronel y del capitán

Dominguez. Pero la estrecha abertura por donde habian salido, era el blanco de los republicanos. Nuestros soldados caian al penetrar por ella, y habia necesidad de retirar á los muertos para que pudieran pasar los demas. Tras de ellos, en el jardin, avanzaban los republicanos. Entónces el general Márquez envió algunas compañías del 3º de línea, al mando del comandante Gutierrez, hácia la izquierda del convento.

Disparamos algunos botes de metralla sobre los jardines vecinos; despues, el comandante Gutierrez y sus tres compañías, saltando nuestra trinchera, cargaron valientemente á los republicanos establecidos á lo largo de las paredes del jardin. Estos fueron desalojados, muchos de ellos ni siquiera tuvieron tiempo para huir, entre otros un americano del Norte, oficial de las tropas de Corona, que fué hecho prisionero. El comandante Gutierrez volvió con el oficial extranjero, algunos prisioneros, armas y uno de esos rifles americanos de á diez y seis tiros, que causaban nuestra admiracion.

Tan hábil cortesano como valiente soldado, el comandante ofreció inmediatamente esta arma al Emperador.

El americano estaba herido en el cuello y su sangre corria en abundancia sobre su uniforme. Avanzaba á la vista de todos, conducido un poco bruscamente; su fisonomía estaba tranquila y su actitud era digna, no sé si por sangre fria ó por estupor. Se le conducia ante el Emperador, cuando algunos soldados de caballería, animados de instintos feroces, llegaron tras de él gritando: *¡muera el americano!* Nos vímos obligados á echar mano á la espada para salvar á aquel infeliz.

Allí tambien fuí testigo de un rasgo de valor del general Márquez. En el momento en que el 3º de línea volvia bajo una granizada de balas, el general subió á la trinchera tras de la cual se hallaba una seccion de mi batería, diciendo á los soldados:

— ¡Entrad, muchachos, entrad! os habeis portado valientemente: ¡viva el 3º de línea!

Las balas de los rifles silbaban y rebotaban contra nuestras piezas, y todos nos admirábamos de no ver caer al general. Le suplicamos que se bajase; no hizo caso alguno de nuestras súplicas. El Emperador, que le vió, mandó dos veces á su ayudante Ormaechea, para prohibirle que se expusiera de aquel modo.

Pronto hubo necesidad de verificar otra salida; fué ejecutada tambien por el 3º de línea con tanto vigor como la primera. Por fin, el enemigo hizo una última tentativa sobre la derecha de la Cruz para flanquear este monumento. Este ataque estuvo á punto de lograrse; las casas contiguas al antiguo hospital frances, que se habia convertido en nuestro, fueron tomadas por los republicanos. Estos trataban ya de penetrar en este último establecimiento abriendo brecha en una pared, cuando el coronel Arellano, que lo advirtió á tiempo, les mandó arrojar granadas que los obligaron á alejarse, y propuso al general Márquez ir á desalojarlos de las casas contiguas con el 3º de línea. Este aceptó y los dos ejecutaron aquella salida, que fué la última. Algunos metrallazos, dirigidos por el coronel Arellano en persona, los hicieron retroceder tambien de allí.

Un destacamento republicano, sorprendido en una casa que se quemaba, no pudo retirarse bastante pronto y fué hecho prisionero todo entero.

Durante el ataque de la Cruz los republicanos desprendieron sobre las alturas del Cimatario, al Sur de la ciudad, una de las fuertes columnas de caballería que habian establecido en el llano de Carretas, probablemente para cortarnos la retirada para México en caso de desastre, y para contener nuestra caballería, que amenazaba su flanco izquierdo.

Se verificó un segundo encuentro de caballería, y nos fué

tan favorable como el primero. Al mismo tiempo el general Miramon llegaba á la Alameda con infantería y artillería, desprendidas de nuestra línea del Norte, y derrotaba la reserva de las columnas que atacaban la Cruz.

Los republicanos, rechazados y batidos por todas partes, á pesar de su valor y su tenacidad, tuvieron que perder toda esperanza de buen éxito; nuestras balas los persiguieron mientras que verificaban su retirada hácia las alturas, de donde habian bajado tan orgullosamente por la mañana. La artillería enemiga respondía á la nuestra; pero sus últimos disparos parecían mejor manifestar una rabia impotente que amenazarlos con una agresion.

La plaza de la Cruz presentaba una animacion extraordinaria. El general Miramon llegó; el Emperador le tendió los brazos. Llegaron nuevos prisioneros y los trofeos quitados al enemigo.

Reinaban el júbilo y el entusiasmo. Los clarines tocaban diana por todas partes, y nuestras músicas ejecutaban el himno nacional. La emocion era general. El Imperio se habia salvado, ó por lo ménos así se creia.

El Emperador, siempre tranquilo, grande, lleno de una suprema dignidad lo mismo en la victoria que en la derrota, se acercó á diversos oficiales, los felicitó y les dió señales de su estimacion.

El Emperador tenia motivo para estar contento. Estaba hecho lo mas difícil, y todo el mundo habia cumplido bien con su deber.

Aquellos momentos fueron sublimes; jamas los olvidaré.

Eran el lado hermoso de la guerra. Muy pronto iba yo á ver lo que tiene de horrible.

VII

Visita al hospital.—El capitan D. Antonio Salgado.—El teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez.—El capitan Dominguez.—Un comandante anstriaco.—Los heridos.—Lo que se llama hospitales y ambulancia en México.—Visitas del Emperador á los hospitales de Querétaro.—Los muertos.—El hotel del Águila Roja.—Recuerdos del sitio de Puebla por el mariscal Forey.

Me dirigí al hospital para visitar á nuestro capitan primero D. Antonio Salgado, que habia sido herido en un pié, muy cerca del general Márquez y del coronel Arellano, en la última salida que habian hecho contra los republicanos. El capitan habia recibido una bala en el talon; por fortuna su espuela habia atenuado el efecto del proyectil. Sin embargo, su herida podia volverse peligrosa y le hacia sufrir mucho. Estaba amenazado tambien por una hipertrofia del corazon. Profundamente conmovido al verle en tan triste estado, le manifesté la respetuosa simpatía de mis camaradas hácia él, y su admiracion por la bella conducta que habia observado.

En efecto, el comandante Salgado era uno de los oficiales que se habian distinguido mas en aquella jornada, no solamente por su valor, sino tambien por su inteligencia. Antes teniamos contra él un vivo resentimiento, engendrado por su riguroso espíritu de disciplina, que tomábamos por tiranía, y por consiguiente nos rehusábamos á creer en su valor. Pero cuando le vimos cumplir tan noblemente su deber, cuando nos dió el ejemplo de la mas rara abnegacion, olvidamos sus rigores pasados; el respeto ocupó el lugar del odio, é hicimos completa justicia á sus grandes cualidades.